

cia persuade es, que así sucede, y que estas imágenes de la fantasía, aunque impropias, sirven de hacer que el entendimiento persevere en sus actos espirituales; y esto es tan cierto, que á veces se vale el alma hasta de mirar pinturas ó volver á leer algunas palabras, para que la esciten de nuevo á las mismas consideraciones, por cuanto es cierto que la vista de las pinturas ó la leccion de las palabras inmediatamente sirve para avivar esas imágenes del entendimiento; lo que es señal evidente de que ellas sirven de escitar ó de conservar en el entendimiento los actos espirituales.

SILV. — En estas cosas, como no son puntos de escuela, no me quiero embarazar: sea como vos quisieréis.

TEOD. — Bien está. Quede, pues, sentado lo que tenemos dicho de la imaginacion, que todo es preciso para saber como obra el entendimiento, y mañana trataremos de esa materia, que no quiero mezclarla con esta, porque saldria la conferencia muy larga; y en materias tan secas y especulativas no conviene dilatarla mucho.

EUG. — Con violencia lo dejo; pero veo que es preciso.



TARDE CUADRAGÉSIMASEGUNDA.

DASE NOTICIA DEL ENTENDIMIENTO Y DE SUS IDEAS.

§ I.

De las ideas del entendimiento en comun.

TEOD. — Ahora que estamos juntos no tengamos mortificado á Eugenio por mas tiempo, y vamos á lo que importa. Habeis de saber, Eugenio, que el *entendimiento* no es otra cosa mas que nuestra misma alma, considerada en orden á los actos de querer ó no querer se llama *voluntad*. De aquí se sigue inmediatamente una consecuencia importantísima que habeis de imprimir en la memoria; y viene á ser, que *el entendimiento es cosa espiritual, y tambien sus actos son puramente espirituales* (proposicion nona).

SILV. — Eso es bastante claro, porque siendo el alma espiritual, y siendo el entendimiento la misma

alma, bien se sigue, que tanto el entendimiento, como sus actos deben ser puramente espirituales. Hasta aquí, Eugenio, creed sin recelo.

TEOD. — Pues tened eso presente, Silvio, y estad seguro de que siendo nuestra alma puramente espiritual, no tiene ni puede tener acto alguno de conocimiento ó percepción que no sea puramente espiritual. Digo esto, porque no sé si aun quereis como algun dia, que la sensación de los dolores sea acto corpóreo, siendo una percepción del alma que es espiritual.

SILV. — Dejémonos ahora de eso, que ya pasó ese punto.

TEOD. — De buena gana. Volviendo, pues, á nuestro intento hallamos que es muy grande la diferencia que hay entre el entendimiento y la imaginación ó fantasía, como tambien entre los actos de la imaginación y los del entendimiento, si los tomamos en su naturaleza; porque aquellos son movimientos del cerebro, que es una cosa material y corpórea: al contrario, los del entendimiento son acciones del alma y cosa espiritual: luego no puede haber mayor diferencia de la que hay entre unos y otros actos considerados en sí mismos, pues se distinguen tanto como la materia y el espíritu.

EUG. — Es cierto que no.

TEOD. — Bien está; siendo pues diversísimos en la naturaleza los actos del entendimiento y los de la fantasía, resta saber si son diversos en la representación; porque dos cosas en sí muy diferentes pueden representar un mismo objeto. Pongamos ejemplo: esta palabra *Dios* es de naturaleza muy

diferente escrita que pronunciada: escrita son cuatro rayas de tinta, y pronunciada es un poco de aire movido: ¿y quién duda que la tinta es muy diferente del aire? No obstante, sea pronunciada, sea escrita, siempre representa un mismo objeto.

EUG. — Ya veo lo que me quereis decir, y me parece que adivino á donde se encamina vuestro discurso: lo que quereis decir es que aunque los actos de la imaginación sean diversos en la naturaleza de los del entendimiento, con todo siempre representan un mismo objeto.

SILV. — Habeis inferido bien: estais adelantado, Eugenio.

TEOD. — Ni habeis inferido bien, ni os quiero tan adelantado.

SILV. — ¿Pues en qué ha errado Eugenio?

TEOD. — En decir que los actos de la imaginación siempre representaban lo mismo que los del entendimiento.

SILV. — Eso es certísimo, y es un axioma espreso del filósofo: *nihil est intellectu, quod prius non fuerit in sensu*; esto es, que nada representa el entendimiento, que primero no se haya representado en los sentidos, y por consiguiente en las ideas de la fantasía ó imaginación: así que el mismo objeto que representan los actos del entendimiento ya estaba representado por las ideas de la imaginación.

TEOD. — Sea eso axioma de Aristóteles ó no lo sea, lo que digo es que no es cierto.

SILV. — ¿Pues qué, ni en esta materia teneis al filósofo por testo?

TEOD. — Ni en esta ni en otra alguna. Ese que

llamais axioma suyo unas veces se verifica y otras no. Unas veces las ideas del entendimiento y las de la imaginacion representan lo mismo, como por ejemplo cuando tenemos una idea de la piedra, del diamante, del rio, de los árboles, etc., porque entonces esos predicados ó cualidades que representa la imaginacion son lo mismo que tiene la idea del entendimiento; pero muchas veces no es así, por lo cual quiero que escribais en la memoria esta importantísima proposicion (décima): *las ideas de la imaginacion á veces son semejantes en la representacion á las del entendimiento, y á veces muy desemejantes.*

EUG. — No me olvidaré.

SILV. — Hacedme el favor de poner algunos ejemplos que lo prueben.

TEOD. — De buena gana. En tres casos suele haber gran diferencia entre las ideas de la fantasía y las del entendimiento; á saber: en las ideas de las cosas espirituales, en las ideas de las cosas negativas, y tambien en las ideas de las cosas corporales cuando son dificultosas de pintar con exactitud: luego hablaremos de los primeros dos casos, que en ellos estoy viendo que hemos de tener mucha discordia: ahora para sosegaros hablaré del tercero. Decidme, Silvio, si yo concibo tres ejércitos, uno de cincuenta mil hombres, otro de cincuenta mil menos uno, otro de cincuenta mil y uno, ¿podré estar cierto de que son entre sí desiguales?

SILV. — Claro está que podreis, ni eso admite duda.

TEOD. — Luego las ideas espirituales que en el entendimiento formo de estos tres ejércitos son tan

propias de cada uno, que me muestran la diferencia que hay de uno á otro, de suerte que la idea de un ejército no puede cuadrar ó adaptarse á ninguno de los otros.

SILV. — ¿Quién duda de eso?

TEOD. — Vamos ahora á las ideas de la imaginacion. Cuando yo pienso en un ejército de cincuenta mil hombres se me representa en mi imaginacion una multitud de hombres distribuidos en filas y batallones, como un grande cañaveral de fusiles y bayonetas; pero esta pintura es tan confusa, que si falta un solo hombre en todo este ejército yo no puedo echar de ver la diferencia.

EUG. — En tan gran multitud ni con los ojos se percibe, ¿cuánto menos con la imaginacion?

TEOD. — Ahí habeis tocado ahora la razon verdadera. Ya hemos sentado que la imaginacion era un depósito ó almacen donde se juntaban las imágenes que recibimos de los sentidos esternos.

SILV. — Así fué.

TEOD. — Luego si los ojos, aun los mas perspicaces, no pueden formar imagen tan propia y exacta de este ejército, que se conozca en la pintura la diferencia de un hombre mas ó menos, tampoco la podremos percibir en la pintura de la imaginacion, supuesto lo que confesais de que solo lo que entra por los sentidos es lo que se halla en la imaginacion.

SILV. — Y sobre eso, ¿qué argumento teneis que formar?

TEOD. — Este: las ideas del entendimiento que formamos de los tres ejércitos son tan propias, que

la de uno no puede estar junta á la del otro, y se percibe la diferencia de ellas.

SILV. — ¿Quién es capaz de percibir una diferencia tan pequeña en esos ejércitos, aun hablando de las ideas del entendimiento?

TEOD. — ¿Quién? Yo, y vos y todos los demas. Decidme, ¿no podreis decir con toda certeza que todos esos tres ejércitos son desiguales?

SILV. — Sí, puedo.

TEOD. — Luego estais cierto de que uno tiene diferencia de los otros por esceso; ¿y cómo podreis estar cierto de esto, sin que la idea de cada uno os represente tan exactamente su objeto, que podais en él conocer la diferencia que tiene?

SILV. — Sea enhorabuena.

TEOD. — Luego es cierto que las ideas del entendimiento pintan esos objetos de tal suerte, que la pintura de uno no pueda cuadrar á ninguno de los otros, por otra parte las ideas de la fantasía son tan confusas que la de uno puede servir á los otros, porque no se advierte la diferencia de esas tres pinturas. Luego las ideas del entendimiento representan algunas menudencias que no representan las de la imaginacion, que es lo que yo queria probar.

SILV. — Ciertamente haceis caso de unas menudencias que parecen escusadas.

TEOD. — Ya vereis las consecuencias que se sacan de estas menudencias. Pero continuando con lo que decia, ya tenemos, Eugenio, que las ideas de la imaginacion, siendo por su naturaleza totalmente desemejantes de las ideas espirituales del entendimiento, con todo en lo que toca á la representacion,

hasta de las cosas corporales, unas veces son semejantes y otras diferentes.

EUG. — Quedo en eso, y no se me olvidará ese ejemplo que habeis propuesto.

TEOD. — Otros muchos hay, como v. g. una figura de diez mil ángulos, de la cual en la imaginacion se forma una idea bastante confusa; de suerte que ó tenga dos mas ó dos menos, no habrá diferencia en la pintura. Y por el contrario, el entendimiento de los géometras hace de esta figura tan exacta idea que de ella forman demostraciones, las cuales de ningun modo estan junto á otra cualquier figura.

EUG. — La razon es la misma; y ya veo que el entendimiento es mucho mas delicado en sus ideas que la imaginacion.

SILV. — Decid lo que quisierais, que por esas menudencias no he de dejar yo un prologo sentado por los filósofos tantos siglos ha que *nada representa el entendimiento que primero no lo hayan representado los sentidos.*

§ II.

De las ideas del entendimiento acerca de los objetos negativos.

TEOD. — No puedo menos de alabar una fineza tal, y principalmente hecha á quien no os la puede agradecer. Pero donde habeis de conocer una gran diferencia entre la imaginacion y el entendimiento es en las ideas de los objetos negativos. Mirad, Eu-

genio, *nuestra imaginacion solo puede formar ideas de las cosas que tienen ser positivo* (proposicion undécima). Y la razon es, porque segun queda dicho, solo las cosas que pueden entrar por los sentidos esternos se pintan en la imaginacion; y claro está, que las cosas que no tienen ser no se pueden percibir por los sentidos; y por consecuencia solo aquellas cosas que tienen ser pueden pintarse en la imaginacion.

SILV. — Esas cosas no las puede percibir ni aun el entendimiento; con que en cuanto á eso estan iguales el entendimiento y la imaginacion.

TEOD. — ¿Y quién os dijo que el entendimiento no podia formar idea de las cosas que no tienen ser ni apariencia de ser, v. g., que no podia el entendimiento formar idea de la *nada*, ó de la falta y carencia de todas las cosas?

SILV. — De la *nada* ¿cómo se puede formar idea verdadera ó pintura? Teodosio mio, esto es bien claro: ver yo que en una casa no hay nada es no ver allí cosa alguna: si yo veo el suelo, techo y paredes, y no veo nada mas, veo que no hay nada en la casa; pues así sucede en el entendimiento: concebir yo la *nada* ó negacion es no tener ninguna idea. En no teniendo yo idea de cosa alguna positiva, ya se dice que concibo la *nada*; mas eso es hablar impropriamente, porque de la *nada* ¿cómo puedo yo formar idea positiva? Si la idea es una pintura, ¿cómo puede haber idea de la *nada*? ¿No me hareis el favor de pintarme la *nada* en una tabla? Solo la podreis pintar no pintando en ella cosa alguna; pero eso es hablar con impropiedad. Esto mismo, dicen

los modernos, y hasta vuestro Wolff, á quien poneis en las nubes.

EUG. — Amigo Silvio, ahora hallo que teneis razon; y si me dais licencia, Teodosio, quisiera hacer una pregunta.

TEOD. — Decid.

EUG. — ¿Y de qué nos sirve esto, y mover cuestiones sobre nada?

TEOD. — Reparais bien; mas por ahora solo os quiero decir que quien pasare en claro este punto ha de caer en mil errores cuando fuere á discurrir: yo os lo haré conocer á su tiempo. Ahora voy á Silvio. Confieso que algunos modernos dicen lo que vos, y bastaba solo el gran Wolff para autorizar esa opinion: no obstante, tengo autoridad mayor por la parte contraria.

SILV. — ¿De quién?

TEOD. — De la razon que me convence, y de la experiencia mia y vuestra, y de todos los que quisieren reflexionar sobre ello.

SILV. — Pues vamos á reñir con esas armas, y decidme: ¿cómo se puede pintar la *nada* ó representar en la cabeza lo que no es ninguna cosa?

TEOD. — Responderé luego; pero antes quiero que me digais esto: la palabra que significa *nada*, ¿no es una palabra verdadera, y tan verdadera como la otra que dice *todo*?

SILV. — Nadie lo duda: tanto la una como la otra constan de dos sílabas, y si las escribimos se componen de cuatro letras

EUG. — Significan la *nada*, esto es, la carencia ó falta de todas las cosas.

TEOD. — Bien : luego si una palabra positiva y verdadera significa la *nada*, esto es, la carencia de todo, tambien una idea del entendimiento siendo positiva y verdadera podrá representar la *nada*, esto es, la falta de todas las cosas. Tan difícil es representar la *nada* como significar la *nada*; porque la significacion es una representacion al entendimiento. Luego si me concedeis que yo con una palabra positiva y verdadera signifiquo lo que es *nada*, tambien con una palabra intelectual ó idea positiva podré representar esa misma *nada* : reflexionad sobre esto despacio, Silvio, que no consiste todo en responder de repente : repasad bien esta razon, y si hallareis disparidad entonces me la señalareis.

EUG. — ¡Válgame Dios! La razon de Silvio me convenia; pero la vuestra concluye de tal suerte que no sé qué responderle.

TEOD. — Mas : vamos á la esperiencia. Es certísimo que ninguno puede discurrir con el entendimiento sin tener en él idea ó concepto de aquello mismo acerca de que discurre. ¿No es cierto esto?

SILV. — Nadie lo duda.

TEOD. — Luego si nosotros todos tres ahora estamos discurrendo con el entendimiento sobre la *nada*, es certísimo que todos tres tenemos en él idea ó concepto que nos representa la misma *nada* de que discurremos. ¿Veis, Silvio, cómo venis á confesar que teneis ahora en vuestro propio entendimiento eso mismo que porfiabais que no podia haber en el mundo?

SILV. — Ahí hay precisamente equivocacion, esté donde estuviere.

TEOD. — ¿Sabeis lo que se me ofrece? una respuesta graciosa que dió en Lisboa á un amigo mio un sugeto de mucho juicio á quien todos veneramos. Apretábanle bastante en cierto punto : vióse convencido, y siendo muy prudente, sincero y virtuoso, despues de pararse un poco dijo : *ese argumento lo que prueba es que yo no sé responder ; mas no prueba que eso sea así ; muchas respuestas podrá tener esa razon que no me ocurran*. Celebróse este dicho por la novedad y gracia. Así me parece que está sucediendo ahora.

SILV. — Pues respondedme á este argumento, que absolutamente no tiene respuesta, por ser evidéntísimo : la idea que representa la *nada*, nada representa ; y si nada representa no es idea, porque toda idea tiene por esencia el representar. ¿Qué respondeis á esto, Teodosio?

TEOD. — Con ese mismo discurso, que tan evidente os parece, os probaré yo mil cosas falsas. Quiero probaros que ahora no habeis dicho nada ni hablado nada. Mirad y aplicad bastante atencion : quien dice *nada*, nada dice : vos habeis dicho *nada*, pues habeis hablado de ella ; luego nada habeis dicho : y si nada habeis dicho habeis callado, porque quien habla alguna cosa ha de decir.

EUG. — ¿En qué laberinto de enredos estoy metido? Esto no es para mí.

TEOD. — No os asusteis, que de propósito os hice entrar en este que con razon llamais laberinto, á fin de que vieseis cuanto cuidado es preciso tener en los discursos para no tropezar. Este argumento que puso Silvio es de Wolff ; de aquel hom-

bre asombroso que mereció justamente á muchos el título del mayor filósofo de su siglo. Pero sin embargo de ser tan grande se engañó; y para que se conociese su equivocacion volví el argumento contra Silvio en una materia tan palpable; y ahora lo quiero explicar mas. Mirad, Eugenio, el que quisiere probar que en la lengua portuguesa no hay esta palabra *nada*, probará una grandísima falsedad; no obstante, se deduce del argumento de Wolff de este modo: lo que significa *nada* nada significa: lo que nada significa no es palabra que pertenezca á nuestra lengua, porque todas sus palabras significan; luego en nuestra lengua no hay palabra que signifique *nada*.

EUJ. — Sacadme por vida vuestra el entendimiento de esta tortura. ¿A donde está aquí el engaño del entendimiento? Todo cuanto decís es verdad, y lo que venís á concluir es un disparate manifiesto. Dejadme examinar esto: lo que significa *nada* nada significa, esto es certísimo. Ahora pasemos adelante: lo que nada significa no significa, también esto es indubitable: lo que no significa no es palabra de nuestra lengua; en esto no hay duda. Y conclus: luego la palabra que dice *nada* no se halla en nuestra lengua portuguesa, y esto sería una locura concederlo estando actualmente usando de ella. Ea, Teodosio, deshacedme este enredo.

TEOD. — El enredo está en no reparar que las mismas palabras puestas de un modo significan una cosa, y trocadas dicen otra diversa: *nada significa* quiere decir que la palabra es un sonido material y sin significacion alguna; y *significa nada* quiere

decir que la palabra significa la exclusion de todas las cosas. Pongamos mas ejemplos. *No respondo* quiero decir que callo, y *respondo no* quiero decir que hablé; pero que no consentí en lo que me pedían. Del mismo modo *no sé* quiere decir que ignoro: *sé que no* quiere decir cosa muy diversa: *no entiendo* significa que tengo falta de percepcion: *entiendo que no*, quiere decir cosa diversísima.

EUJ. — Ya advierto donde está el engaño.

TEOD. — Ahora voy á responder á Silvio. La idea del entendimiento que representa la *nada* es positiva y verdadera, y de ahí no se infiere que nada representa, porque eso quiere decir cosa muy diversa: así como sucede en la palabra *nada*, ó pronunciada ó escrita: si yo dijese esta palabra significa la *nada*, luego nada significa, no diria bien, porque confundiria términos muy diversos que se equivocan. A su tiempo os daré el origen de esta diversa inteligencia de términos tan parecidos; pero tened presente que esas mismas palabras si se truecan vienen á veces á significar cosas diversas: por eso es falsísima aquella proposicion que vosotros ambos y el señor Wolff dabais por certísima, *lo que representa nada nada representa*; y aquí es donde está toda la malicia, como habeis visto en los ejemplos que os he puesto.

EUJ. — Ya veo la razon por qué también es falso decir, lo que significa *nada* nada significa: es falso decir, el que dice *nada* nada dice y guarda silencio: es falso decir, el que escribe *nada* nada escribe.

SILV. — ¿Y en qué quedamos? ¿En que yo no di-je nada ni hablé cosa alguna?

TEOD. — Habéis hablado como el hombre de mayor entendimiento especulativo que la Alemania conoce; y sentado eso quiero concluir lo que iba á decir, para que Eugenio lo imprima en su memoria; á saber *que el entendimiento por sus ideas espirituales puede representar no solo las cosas positivas, sino tambien las exclusiones ó carencias de esas mismas cosas* (proposicion duodécima): por ejemplo, puede formar idea de la riqueza y de la falta total de ella, que es la pobreza. Puede hacer idea de la mancha que es positiva, y de la falta total de la mancha ó de la limpieza que es negativa; y con esto se ve la gran diferencia que hay entre la imaginacion y el entendimiento. La imaginacion solo puede representar lo que es positivo, mas el entendimiento puede formar idea de las cosas negativas, y hasta de la misma nada; y de aquí se responde á lo que Silvio dijo, que cuando yo no veo en una casa cosa alguna, viendo las paredes y techos veo que allí no hay nada: en esto convengo; porque los ojos tambien son como la imaginacion, que solo pueden representar lo que es positivo, y las cosas negativas solamente las ven los ojos y la imaginacion impropriamente, porque no ven lo que esas ideas negativas escluyen: v. g., veo la pobreza, porque no veo ningun efecto de riqueza. El entendimiento para discurrir necesita de formar ideas de las cosas positivas y negativas. Perdonad, Eugenio, alguna molestia que estas abstracciones os hayan causado, que no he podido escusáros-la; porque sin esto no se puede absoluta-

mente explicar (á mi parecer) cómo el entendimiento conoce á Dios y las cosas espirituales, ni cómo juzga con acierto en mil casos. Al tiempo os doy por testigo.

EUG. — Eso que me decís del modo con que conocemos á Dios es cosa muy importante, vamos á saber como el entendimiento le conoce.

§ III.

De las ideas que el entendimiento tiene por conciencia, ó esperiencia de sí mismo.

TEOD. — Antes que hablemos del conocimiento de Dios ó de los ángeles, conviene tratar del conocimiento que el entendimiento tiene de sí mismo, porque es preciso este escalon para subir al conocimiento de Dios. *Conciencia*, Eugenio, llamamos nosotros la ciencia que el alma tiene de sí misma; y como el entendimiento por la propia esperiencia conoce en sí muchas cosas, decimos que forma muchas ideas por la propia esperiencia ó conciencia. Todo hombre sabe que está pensando, que discurrir, que afirma, que duda, que niega, etc.; luego es forzoso que tenga alguna idea de la afirmacion, de la duda, de los pensamientos, del discurso, etc.; puesto que es principio sentado entre todos que no podemos conocer que tenemos ó no tenemos alguna cosa sin formar algun concepto ó idea de ella. ¿No es así, Silvio?